1
232976

LA NOVELA DA

ANDRÉS GUILMAIN

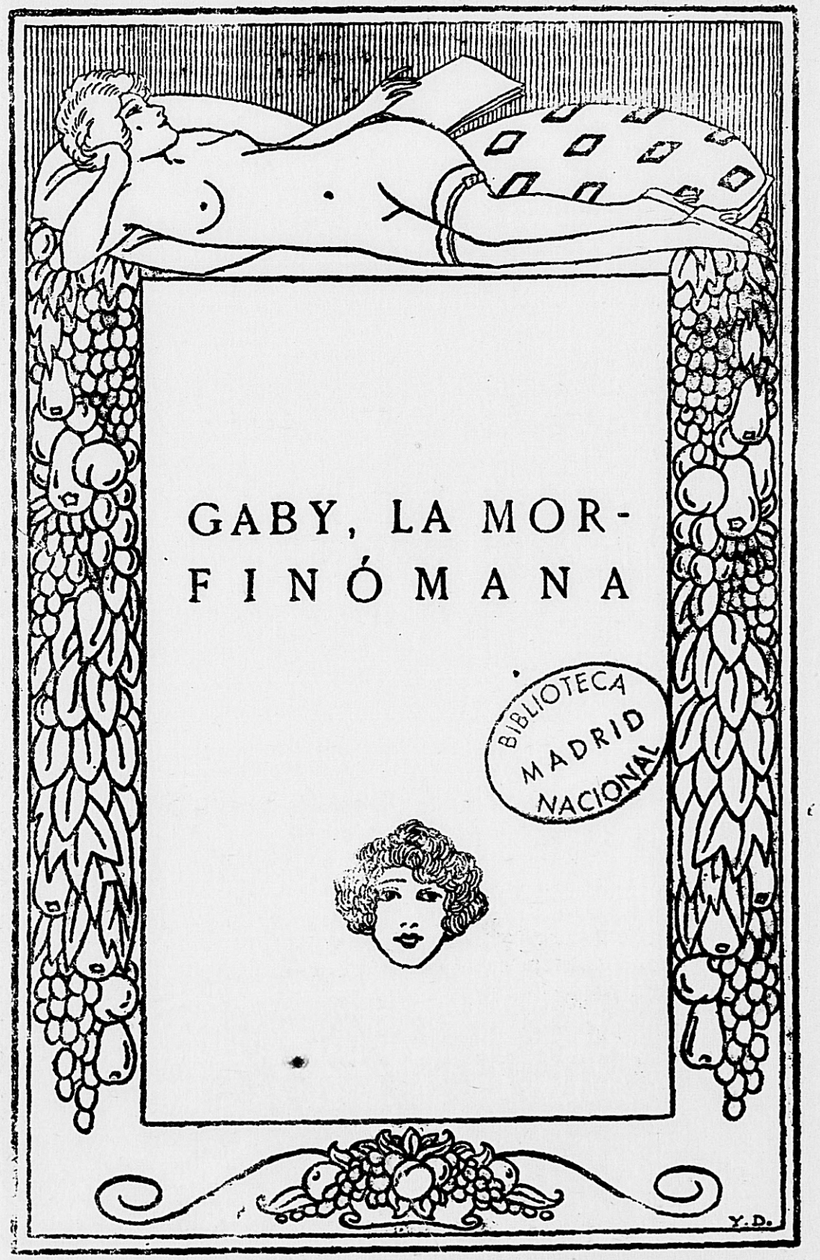
Gaby la morfinómana



50 CTMOS.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

1
232976



GABY, LA MORFINÓMANA

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Y. D.

47/1495384

NOVELAS ERÓTICAS

PRENSA MODERNA se encarga de servir toda clase de obras, previa remesa de su importe, más 0,50 pesetas para gastos de envío certificado, por giro postal, cheque o en sellos de Correos.

R. LÓPEZ DE HARO

Un hombre solo. . . . . 5 ptas.

PEDRO MORANTE

La Vampiresa (2.ª edición). . . . . 5 »
I. Confesiones de una lesbiana. . . . . 5 »
II. Las infidelidades de Lolita. . . . . 5 »
La rebelde Clotilde. . . . . 5 »
Los ojos brujos. . . . . 5 »
Pasión. . . . . 5 »
La de los cabellos blancos. . . . . 5 »

GASTÓN PICARD

Las voluptuosidades de Mary. . . . . 5 »

ERNESTO FEYDEAU

Memorias de una mújer de mundo. . . . . 5 »

LUIS LEÓN

La carne manda.. . . . . 4 »
Señoritas de la clase media. . . . . 5 »
Cómo ellas caen.—Dos series, a. . . . . 5 »
El pecado redentor (2.ª edición). . . . . 5 »
Niñas «bien» de casas «mal» (2.ª edición). . . . . 5 »
La maldad de los buenos. . . . . 5 »
Gente «mal» de casas «bien». . . . . 5 »

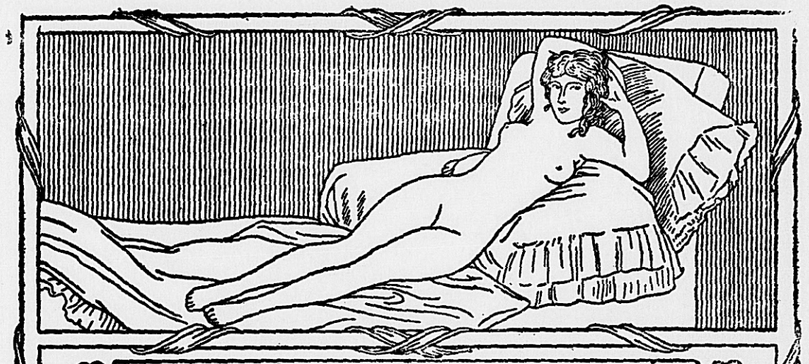
PÍDASE CATÁLOGO A

PRENSA MODERNA

APARTADO 8.012

MADRID

R. 321768



LA NOVELA PASIONAL

Andrés Guilmain

GABY, LA MORFINÓMANA

Ilustraciones de Basilio

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Año II



N.º 32

PRENSA MODERNA

MADRID

EN EL PROXIMO NUMERO

LA INSACIABLE

NOVELA

POR

LUIS LEÓN

El inspirado autor de novelas de tan merecido éxito como *Gente «mal» de casas «bien»* ha escrito páginas de tanto apasionamiento y de tan cruda realidad en *La insaciable*, con tan ameno estilo y tantas bellezas literarias de forma y de fondo, que sus lectores quedarán extasiados al admirar los positivos valores eróticos de esta sugestiva e interesante producción.

Lea usted y coleccione todos los números

OFRENDA

A las gentiles cabaretistas Nelly, Margot y Nati, que han jurado no penetrar jamás en esos paraísos cuyas llaves se llaman opio, morfina, éter...

Es poco más de la media noche. El "bar americano" de Venus Palace se encuentra casi desierto. En el "dancing", algunas parejas se agitan indolentemente, al compás de un tango, con esa perezosa negligencia y ese descuidado abandono que da la soledad. La tibieza de la noche primaveral aleja a la gente del recinto cerrado del cabaret.

El autor—cliente habitual del establecimiento y hombre en quien la costumbre posee una fuerza omnipotente—entra, como todas las noches, en el "bar" y va a sentarse al ancho diván que hay en el fondo.

No tardan en aproximársele y en rodearle tres lindas muchachas, tres gentiles tanguistas, a las que la falta de bailarines hace languidecer en el jardín gris del tedio. Encienden khedives y charlan risueñas. Sus palabras parecen gorjeos. Forman un trío encantandor, de belleza diferente, pero igualmente seductora y deliciosa. El autor las conoce muy superficialmente. Apenas sabe nada de ellas. Se in-

terroga a si mismo, viendo su aturdimiento, su alegría y su juventud: "¿Qué zarpazo de la vida habrá sacado a estas chiquillas del montón anónimo de las personas decentes, de las gentes de costumbres regulares, para arrojarlas a este lóbrego abismo del pecado en que se agitan y que, probablemente, las devorará?"

Constituyen, en verdad, un tríptico simbólico. Una, Nati, es una especie de chulilla, que dice "timos" y pronuncia de un modo muy raro ciertas palabras exóticas, como "souper", "shimmy", "jazz-band"... Es morena y menuda. Ojos centelleantes y reidores. Ingenio travieso y siempre pronto al dicho burlón. Su elegancia es una elegancia "sui géneris". Desfigura graciosamente las prendas—lo mismo que las palabras—, y, llevadas por ella, las más originales creaciones de la moda adquieren un valor imprevisto.

Otra, Margot, debe proceder de esa clase media poco acomodada, cuyas hijas son las pobres niñas cursis que tocan lamentablemente el piano y sueñan con un novio militar.

La última, Nelly, es un tipo más complicado. Pertenece a una familia distinguida, según dicen, y se educó en una pensión de monjas francesas. Y a través de esto poco que el autor sabe de ella, oído fragmentariamente en conversaciones sueltas, adivina una historia extraña.

En este rinconcito de intimidad, formado en derredor de la mesita, las palabras suenan levemente

y el diálogo adquiere un amable matiz confidencial. El arrullo de la orquesta diríase cual un acompañamiento armonioso y poético a la charla... Reina en el "bar" una claridad suave. De vez en cuando, entra o sale una pareja o una cortesana. El hombre uniformado que hay en la puerta se inclina entonces y separa el cortinaje.

El autor escucha a sus amiguitas. Todas tienen algo que contar, algo de qué reír o mofarse... No obstante... hay un momento en que tórnanse graves y se lamentan de lo mal que se están poniendo las cosas. Unas cuantas noches como esta y sobrevendrá la ruina para todas...

—¡Hay que ver cómo estaba esto hace un mes! ¡La gente que venía! ¡Lo que se bebía! ¡Y el dinero que se gastaba!...

La noche va avanzando... Las contadas parejas danzantes siguen moviéndose sin entusiasmo. En el "bar" acaba de penetrar una mujer de unos cincuenta años, vestida de negro y con un vago aspecto celestinesco. Su paso es tácito; su mirar, receloso. Furtiva y silenciosa como una sombra, va aproximándose a todas las mesas que hay ocupadas y diciendo algo en voz baja...

—Ahí está "madame Coco"—murmura Nati, sonriendo—. Si todos la comprasen lo que nosotras, ¡valiente negocio iba a hacer!

La dama enlutada se ha acercado a nuestra mesa y, haciéndonos un amable saludo, nos pregunta en voz leve como un susurrro:

—*Voulez-vous de la coco... de la morphine?*

Los cuatro hacemos un gesto rotundamente negativo, y "madame Coco", sin insistir, discreta y sigilosa, se encamina a una mesa próxima...

—*¡Qué desaprensiva es esa franchuta!—comenta Margot—. El mejor día la van a echar mano...*

—*Y la estará muy bien empleado. Todos los que venden esas cosas deberían hallarse en "chirona" —replica Nati.*

—*¿Por qué?—pregunta Nelly—. Mientras haya quienes se las compren... ¿Qué culpa tiene esa infeliz? Cada cual se gana la vida como puede.*

La conversación gira ahora en torno de las divinas drogas, que tantos exaltadores y tantos detractores poseen... Por venturosa coincidencia, las tres lindas mujercitas son todavía muy jóvenes: no han tenido aún tiempo de experimentar el hastío de la vida y del amor, ni han sentido el afán imperioso de olvidar, y no conciben que nadie busque goces anormales ni éxtasis falsos absorbiendo terribles venenos... La existencia, a su juicio, brinda placeres efectivos, tangibles, y resulta insensato perseguir voluptuosidades quiméricas, que, a la larga, destruyen la belleza y la salud.

—*A mí, una vez—dice Nati—, un amigo un poco chiflado que tenía me hizo beber éter... ¡No sabéis lo malita que me puse! ¡Por poco me muero, niñas! Desde entonces, cuando alguien quiere camelarme para que fume opio, o me ponga inyecciones de cocaína o morfina, le digo que p'al gato...*

Nelly y Margot asienten, muy convencidas. Ellas también han querido ser iniciadas en estos abominables ritos—¡cómo sustraerse a la tentación de unas prácticas tan extendidas ahora!—, y han salido defraudadas de sus primeros ensayos... Y, sin embargo, no pueden dejar de reconocer que hay muchas mujeres y muchos hombres a quienes es imposible vivir sin los fatales tóxicos..., que a todo renuncian y de todo prescinden menos de la jeringuilla de las inyecciones...

Y por los labios de las tres muñecas desfilan nombres conocidos en el teatro, en la aristocracia y en la galantería: Hortensia Fresnedo, la "estrella" de la opereta, que todas las noches, entre cantable y cantable, corre a ocultarse tras un bastidor para asestarse el pinchazo benéfico; Pepita Rey, tonadillera en boga, para quien no hay en el mundo más alegrías ni más venturas que las que proporcionan las inefables drogas; el marqués del Guijarro, que ameniza sus noches de amor envenenando con los deliciosos tóxicos a sus compañeras de lecho; Dora Lafuente, la encopetada y excéntrica dama, a la que primero dieron renombre sus excesos pasionales, luego sus aficiones de lesbiana y ahora el furor con que se entrega al culto de los enfermizos deleites cantados por Baudelaire...; todo el mundo sabe que en su palacio de la calle de Zurbano ha instalado un magnífico fumadero de opio, en el que congrégase la espuma de los eterómanos, opiómanos, cocainómanos y morfinómanos de ambos sexos que hay en

la Corte para celebrar orgias indescriptibles, tras las cuales los concurrentes quedan insensibilizados, como muertos, tendidos sobre cojines y alfombras...

Y se pronuncian muchos nombres más, en su mayoría, de pecadoras, que, impulsadas por la atracción de los arrobadores misterios, han ido cayendo en la profunda sima, garganta voraz y tenebrosa que devora casi siempre a sus víctimas...

* * *

Las dos de la madrugada. Nelly y Margot se levantan y van a saludar a unos amigos que les hacen afectuosas señales desde una mesa lejana. Después de largo coloquio, Nati queda unos instantes silenciosa. En el cabaret entra entonces una criatura espléndida, arrogante, gentilísima..., un verdadero encanto de muchacha, que al pasar ante Nati, la dirige un cariñoso saludo:

—Adiós, monísima.

—¿Quién es?—interroga el autor a su amiguita.

Ella murmura un nombre, y luego dice de súbito:

—Ahí tienes... Esa es también morfinómana... Y, sin embargo, cada día está mejor..., más bonita, más fresca...

—¿Y eso?—pregunta el autor, con curiosidad.

—Pues porque lo sabe entender... Es una "trucosa".

Y después, amablemente, explica al autor cuál es su "truco"...

Y el relato de Nati sirve al autor para escribir esta novela...





a concurrencia que acudió aquella noche al Venus Palace fué verdaderamente extraordinaria.

En el vasto salón del suntuoso *cabaret,* iluminado por mil luces, apenas se podía dar un paso. En torno de las mesitas de caoba apiñábanse hombres y mujeres: ellas, luciendo caprichosas toaletas, elegantes y atrevidas, de matices innúmeros, cual los colores diversos de un artificial jardín nocturno; ellos, con esa expresión de vaga avidez que en los semblantes masculinos pone la contemplación de una multitud de mujeres hermosas, semejante a la ansiedad del cazador que vislumbra varias piezas a la vez.

En el animado concurso, los vaporosos atavíos femeniles destacaban sus claras tonalidades, contrastando con los uniformemente obscuros trajes varoniles. Del extremo de los cigarrillos que ardían en todas las bocas—¡oh, delectación con que los la-

bios pintados de las pecadoras aspiran el humo aromoso de un *muratti* o un *khedive!* — ascendían sin cesar y al mismo tiempo espirales grisáceas que contribuían a hacer más densa la nube vaga y perfumada que envolvía a la muchedumbre de hetairas y noctámbulos. De tarde en tarde, en los comedores laterales sonaban los secos taponazos del champagne, como salvas de alegría. En último término, el pequeño escenario exhibía su policroma embocadura, cuyas apagadas guirnaldas de pintado papel iluminarían bien pronto las luces, al encenderse... Los camareros, de frac y calzón corto, avanzaban con dificultad entre las mesas, transportando bandejas, abarrotadas de botellas panzudas, conteniendo licores caros. En un ángulo de la amplia sala, sobre una plataforma, una orquesta de *jazz-band* arrullaba la feliz digestión de la risueña asamblea, con las grácile y juguetonas notas de sus tangos y sus *fox-trots,* música traviesa y ondulante, melodías vivaces y frívolas, bailables de moda, cuyo ritmo, cosquilleante y alegre, embriagaba como un licor.

Los dos provincianos entraron en este momento. Deslumbrados y atónitos, contemplaron el aspecto brillante del enorme salón; aturdióles el fulgor de las lámparas, el rumor de las voces, el vibrar de las risas; fascinóles la seductora y profusa exposición de mujeres fáciles, casi todas lindas, elegantes todas; admiraron los labios encendidos, las pupilas chispeantes, las gargantas mórbidas, los provocativos escotes, que mostraban una carne de nieve y de

rosa; asombráronse ante la infinita variedad de bellezas—rubias espirituales, morenas sugestivas, trigueñas soñadoras—, y ante la gracia alada, indolente o sensual de las actitudes y los gestos de tanta tentadora beldad, y, prisioneros en el hechizo de aquel paraíso moderno, alegrado por mil Evas, acariciados por la onda perfumada del ambiente tibio, saturado de esencias penetrantes y de olor de cigarrillos rubios, y excitados por la armonía voluptuosa y afrodisíaca de la música, que parecía una invitación al placer, no pudieron menos de decirse uno a otro:

—¡Chico! ¡Lo que nos vamos a divertir esta noche!

Inmediatamente dedicáronse a buscar entre el gentío que rodeaba las mesas a su paisano Perico Robledo, con quien estaban citados aquella noche, y que, como hombre ducho en la Corte, desde el día que llegaron a Madrid era su guía y su acompañante en sus correrías nocturnas por la ciudad.

Cinco minutos llevaban buscándole, cuando oyeron una voz a sus espaldas:

—¡Eh! ¡Reguera! ¡Escosura!

Divisáronle, al fin, a un lado del salón, solo ante una mesita, con su inevitable *whisky* delante. Por lo demás, estaba perfectamente situado. A su izquierda, sola también, había una rubia espléndida, entretenida en arrojar al espacio las aromáticas espirales de su cigarrillo egipcio; a su derecha, dos morenas fastuosas, dos verdaderas bellezas, admirablemente



Se conservaba mejor que los provincianos.

vestidas y magistralmente maquilladas, que charlaban y reían en amigable e íntimo coloquio.

Contemplóles sonriendo. Luego, advirtiendo su sorpresa, levantóse a medias y les indicó las sillas.

—¡Hola, barbianes! Os habéis retrasado. Hace media hora que estoy esperándoos.

Los dos provincianos murmuraron una excusa. ¡Aquellas comidas del hotel! ¡Un servicio detestable! ¡Nadie diría que en la capital...! Y en sus diatribas vehementes latía el prurito de hablar mal de las cosas de la Corte, como un signo de su superioridad provinciana. El otro prosiguió:

—¿Qué os parece esto? ¡Vaya una colección de preciosidades! ¿Eh?

A pesar de su eterno descontento, ambos hicieron esta vez un gesto afirmativo. Y luego, una vez que instaláronse ante la mesita y pasearon sus miradas ávidas por el salón, ligeramente animados por dos *cok-tails,* no pudieron menos de confesar que *aquello* estaba realmente bien. No obstante su afán de encontrar mal todo lo de la Corte, el admirable espectáculo de tanta mujer hermosa reunida habíales impresionado y sugestionado.

—Esto no se ve en Soria ni en Pamplona, ¿eh, chicos?—interrogóles, bromeando, Robledo.

Ambos oyentes tuvieron una exclamación unánime y melancólica:

—¡Oh, no! ¡Por desgracia, no se ve!

Robledo, con una sonrisa un tanto irónica, les

contempló un instante en silencio, admirando la honda transformación que el tiempo y la vida de provincia habían realizado en sus amigos y paisanos. Nadie hubiera dicho que ellos y él fueran hombres de la misma edad. Robledo, gracias a los hábitos higiénicos a que escrupulosa y severamente se sometía—todo un régimen de duchas, esgrima, ejercicios gimnásticos—y a su vida activa y turbulenta, y gracias también un poquito a los cuidados de tocador —tintes, afeitado diario—, disimulaba muy bien sus cuarenta años, y hasta en ocasiones podía impunemente confesar treinta y tres. Mientras que Escosura y Reguera, con sus barbas canosas, sus orondos vientres, sus relucientes calvas, las arrugas que surcaban sus respectivas fisonomías y la falta de agilidad y gallardía en sus movimientos y actitudes, aparentaban muy bien cincuenta años.

—¡Cómo pasa el tiempo! ¿Eh, barbianes? ¿Os acordáis de nuestras partidas de billar? ¿Y de las noches de Fornos? ¿Y de casa de la Antequerana? ¿Y de Urrutia, el profesor de Canónico? ¿Y del paraíso del Real?

Se acordaban, ¡no habían de acordarse! Al través de los años, aquellos días de juventud, aureolados por el dorado nimbo de las cosas lejanas, parecíanles los más alegres, los más dichosos de sus existencias... Ellos no habían sabido, cual Robledo, prolongar su mocedad y vivir eternamente "como a los veinticinco años". Apenas salieron de las aulas preocupáronse de encasillarse, persiguiendo la tranquilidad material del sueldo seguro, en tanto que Robledo, más idealista y menos práctico, alternó las tareas del foro con el cultivo de las letras y el periodismo; y, tras unos años de lucha, en todas estas actividades había conseguido labrarse una sólida reputación.

Reguera, por obra y gracia de unas oposiciones, trocóse en registrador de la Propiedad, y actualmente moraba en Soria. Escosura, a su vez, merced a otras oposiciones, hízose catedrático y tenía su residencia en Pamplona. Ambos casaron con señoritas provincianas, con algún dinero... Ambos eran padres de familia... Y hoy, al cabo de quince años, cuando pensaban en su pasado, veían un horizonte gris, monótono, insoportablemente vulgar, falto de bellezas y de grandezas, sin otras preocupaciones que los ascensos y los pequeños cuidados del hogar—¡un hogar tan aburrido!—y en que sólo las escapatorias a la capital ponían un paréntesis de alegría.

Ahora, una casualidad había reunido en la villa y Corte a los dos; y ambos, que continuaban siendo amigos al través de la distancia, buscaron la compañía de Robledo, como piloto seguro y experto en el mar del placer y el pecado madrileños, por el que ansiaban navegar y en el que deseaban evitar un naufragio.

—¡Chiquillo, cómo se ha transformado Madrid! ¡Si en nuestros tiempos hubiera existido un establecimiento como éste!—murmuró Escosura.

—¡Qué lujo! ¡Qué grandeza!—añadió Reguera.

Robledo habló de la gran pasión que creaba estos mágicos recintos, tan fantásticos cual los de *Las mil y una noches:* la pasión omnipotente de la danza. Terpsícore y Venus eran las únicas deidades que en el mundo contemporáneo tenían fervientes idólatras. Hasta Madrid—ciudad muy poco cosmopolita hacía breves años—había llegado la ráfaga, que cruzaba Europa después de la guerra: el culto al placer, el culto a la sensualidad... En los últimos tiempos fundáronse grandes hoteles, suntuosos *music-halls, cabarets* espléndidos, donde circulaba el dinero en abundancia y donde una muchedumbre opulenta y viciosa se divertía locamente al arrullo de músicas ligeras y entre danzas lascivas. El bailarín y la tanguista eran los dos personajes que, en la licenciosa farsa, representaban el papel de protagonistas. Los vinos áureos, los licores enervantes, corrían a torrentes en aquella gran saturnal, que Afrodita contemplaba sonriendo.

—Este Venus Palace es como la catedral de ese género de establecimientos. Apenas hace unos meses que se ha inaugurado, y no obstante, asusta pensar en el oro que ha pasado por aquí. ¡La felicidad de centenares de familias! Es como la obra maestra de la multitud de idólatras que rinden culto fervoroso al baile. En otros siglos, las muchedumbres creaban templos; hoy fundan *cabarets,* mezcla de prostíbulos y serrallos. Son los verdaderos harenes de Occidente, donde cualquiera, a cambio de unas monedas, puede elegir su favorita de una noche. ¡Y qué

mágicos harenes, en verdad! Diríase que nunca la mujer ha llegado a una tan grande perfección en su arte diabólico de hacerse desear...

Apuró por completo su *whisky* y prosiguió diciendo, ante la sostenida atención de sus dos oyentes:

—Ved, si no, qué soberbia colección de mujeres se encuentra reunida aquí en estos instantes. Una celosa vigilancia impide que en el local entren hembras mal vestidas o poco apetecibles. Decidme si el más descontentadizo no quedaría satisfecho, en efecto, con cualquiera de estas lindas muñecas, tan bien ataviadas, tan bien pintadas y tan bien perfumadas... Las hay para todos los gustos, de todos los tipos, de todas las edades, de todos los colores... ¡El gran harén internacional! Mirad aquella deliciosa muchacha de los ojos azules... Es austriaca... A pesar de ser casi una niña, ha recorrido ya medio mundo... ¡Si la oyérais hablar del Japón y de Egipto! Y aquella otra de los rizos castaños, que dice algo al oído del caballero que está a su lado... Es italiana. Cultiva el amor decadente, las caricias refinadas y perversas... Y aquella otra de los ojos verdes, vestida con una elegancia tan original... Se llama Zazá; ha nacido en Montmartre... Es sacerdotisa de Safo. Porque aquí florecen todas las rosas del pecado. Todos los extravíos de la carne tienen sus *amateurs* y sus representantes. Las practicadoras del amor normal constituyen casi una rareza. Además de las anomalías sexuales, se observan tam-

bién ciertos vicios extraños y exquisitos, según los iniciados en ellos... Casi todas las modernas pecadoras tienen la sensibilidad enferma... Son contadas las que no tratan de complicar con alguna perversión exótica la inmensa monotonía del acto carnal... Y si no, preguntádselo a esa encantadora mujercita que penetra ahora en el salón... Gaby..., la bella Gaby.

Los dos provincianos dirigieron sus miradas a la puerta para ver a la aludida, y no pudieron reprimir una exclamación de sorpresa.

—¡Qué mujer más bonita!

—¡Qué encanto de criatura!

—¿Verdad que sí? Es una belleza auténtica, a la que el pecado no ha conseguido ajar en lo más mínimo. Asombra el brillo de sus ojos, la frescura casi infantil de sus mejillas, la esbeltez armoniosa y la flexibilidad juvenil de su cuerpo. Como tantas otras pecadoras de hoy, rinde un culto apasionado a esos vicios exquisitos a que antes me refería, que hace años estuvieron tan de moda en el extranjero y que ahora tienen tan furiosos aficionados en España entre la gente *bien* del mundo galante. Además, es espiritista. Resulta curioso oirla exponer sus teorías sobre el más allá. De todos modos, es una mujer interesantísima y maravillosamente hermosa. ¿Queréis que la llame? Precisamente viene hacia aquí.

El registrador y el catedrático cambiaron una mirada de júbilo.

—Sí, chico, llámala—exclamaron al unísono.

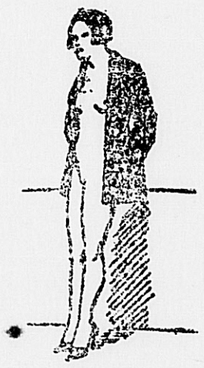
Y en tanto que él hacía una señal a Gaby, Reguera murmuró rápidamente al oído de Escosura:

—Oye, tú. Esa mujer me gusta una barbaridad. Voy a irme con ella esta noche.

—¡Caramba! Lo mismo pensaba hacer yo.

—Pues mira, entonces echaremos a suertes quién es el que se la lleva hoy. Y al otro, tiempo le queda... Convenido, ¿eh?

Escosura asintió. En aquel momento, la gentil hetaira estaba junto a ellos.



CAPITULO II



í, señores. Aunque ustedes lo duden, a los espíritus les es dado cambiar de morada..., ir de una a otra persona. Yo, por ejemplo, puedo ofrecerles una prueba indiscutible de esto. Aquí donde me ven, mujer en apariencia, yo no poseo el espíritu femenil que me correspondía al nacer; tengo el espíritu de un hombre: el de un hermanito mío que murió meses antes de venir yo al mundo.

Hizo una pausa, como si graduase el interés de sus auditores. La estupefacción con que los dos provincianos escuchaban a la adorable y seductora muchacha—tan femenina, a pesar de lo que afirmaba—pareció llegar a su colmo al oír aquella extraña confidencia. Desde que Gaby se sentó a su lado, ambos burgueses creían ser víctimas de una alucinación. ¡Verdaderamente, las cortesanas de sus tiempos de estudiantes no eran así! Recordaban a aquellas bue-

nas mozas, analfabetas la mayoría, y cuyo principal mérito consistía en saber cantarse, con estilo y sentimiento, unas peteneras. Ni material ni moralmente podían compararse con esta divina muñeca, tan bella, tan elegante, tan juvenil y, sobre todo, tan extraña, que exhalan de todo su ser una fragancia de perversión delicada y sutil y cuya alma era, sin duda, una pálida flor de histeria... Las complicaciones, los refinamientos, las inquietudes que los dos provincianos adivinaban en la pecadora, causábanles un tanto de vértigo, cual si se hallasen al borde de un abismo cuyo fondo no lograran vislumbrar. Y esta sensación de vértigo resultaba acrecentada por el inmenso asombro de oír brotar de aquellos labios, cubiertos de carmín, raras teorías acerca de ultratumba y sobre la transmutación de las almas; y escuchar a la joven, en tanto que sorbía un *peppermint*, sostener la condición varonil de su ser.

Sin parar mientes en la cándida sorpresa de los dos, la linda cortesana prosiguió:

—Recuerdo que, en mi primera niñez, mis juguetes favoritos eran los caballos de cartón, los soldaditos de plomo, los sables relucientes de hoja de lata... Tenía las mismas aficiones que un muchacho. Odiaba instintivamente las muñecas y cuanto tuviera un carácter femenino. ¿No ven ustedes en eso una demostración de lo que les digo? Después, en la adolescencia, mi amor exagerado a la aventura, mi desdén absoluto a los convencionalismos sociales y las dos cualidades que constituyen mis caracterís-

cas—el valor y la audacia—, fueron otras tantas revelaciones de que, en efecto, en mi carne habita un alma masculina. Ahora bien; esto no lo supe claramente hasta que, en Río de Janeiro, una célebre adivinadora y echadora de cartas me descifró el enigma de mi destino...

Reguera y Escosura cambiaron repetidas ojeadas. Aquella mujer, además de ser una gran belleza, una criatura llena de seducciones y atractivos irresistibles, resultaba en extremo entretenida. Y, con pupilas un tanto suspicaces, dispusiéronse a seguir escuchándola, seguros de oír nuevas y sorprendentes cosas.

Mirándoles fijamente, y como si adivinase su pensamiento, Gaby continuó:

—Ustedes son incrédulos. No tienen fe... No quieren comprender que más allá de esta realidad tangible y sórdida que nos rodea, existe otra realidad superior. Son ustedes de esos que sólo dan crédito a lo que sus ojos ven, a lo que sus manos tocan. Por eso, oyendo esta historia verdadera que les cuento, se figurarán tal vez que deseo gastarles una broma.

La preciosa fisonomía de la horizontal había adquirido un súbito tinte de gravedad, que acrecentaba su hermosura. Los dos provincianos, pesarosos de haber dejado traslucir su incredulidad, protestaron vivamente, con frases vagas:

—¡Oh, no! ¡Nada de eso!

—¡Quién sabe! ¡Puede que tenga usted razón! ¡Hay tantas cosas inexplicables!

Pero la expresión algo maliciosa de sus rostros, la falsedad de sus acentos, que en vano pretendían hacer sinceros, delataban inconfundiblemente su carencia de fe en aquella realidad desconocida y misteriosa de que hablaba la muchacha. Ella, comprendiéndolo así, varió de conversación, auxiliada por Robledo, que observaba sonriendo el efecto que la pecadora había causado en los dos burgueses.

Gaby extrajo de su bolsillo una magnífica pitillera de oro, y ofreció un cigarrillo a cada uno de los tres amigos. Eran unos cigarrillos algo extraños, que, al ser encendidos, exhalaban un humo intensamente aromático.

—Son de opio, mezclado con otras hierbas orientales—dijo ella—. Yo no fumo más cigarrillos que estos.

Los dos provincianos aspiraron con fingida voluptuosidad una bocanada de aquel humo oloroso. Aparentaron encontrar inmejorables los tales cigarrillos. Sin embargo, en su fuero interno juzgáronlos poco apetecibles. ¡Aquel aroma de droguería que la joven aspiraba como si fuese el más delicioso y delicado de los perfumes, impresionaba desagradablemente sus pituitarias!

—En mi casa tengo una pipa turca..., un auténtico *narghile*..., ¿saben? El opio me ayuda a soñar... ¡Oh! ¡Si no fuera por esa divina trinidad—opio, éter, morfina—, la existencia sería una cosa completamente despreciable!

Y ante la expectación asombrada de los dos burgueses, comenzó a hacer un elogio apasionado y un tanto lírico de aquella "divina trinidad". Eran dones mágicos que los dioses ofrendaban a los pobres mortales para que lograsen olvidar sus miserias y sus tristezas, y pudieran remontarse, de vez en cuando, al país inaccesible de los bellos ensueños. Especialmente, la morfina constituía el supremo antídoto del dolor, la preciada panacea que proporciona la dicha, el maravilloso bálsamo que curaba del tedio de vivir... Y en tanto que hablaba con su cálida y argentina voz, el registrador y el catedrático, excitados por la prolongada contemplación de aquella encantadora mujercita, devoraban con mirada voraz todos sus hechizos: su semblante de niña, de una tan prodigiosa frescura; sus claras pupilas, a cuya linfa transparente parecía no haber asomado jamás el deseo; sus encendidos labios, que ofrecíanse como golosinas purpúreas; la armoniosa ondulación de sus senos, que temblaban al través del sutil encaje que los velaba; la suave curva de sus caderas, de una deliciosa y firme redondez; la finura prodigiosa de sus piernas incomparables, admirablemente moldeadas, cubiertas por unas sutiles medias de gasa gris. Eran, sobre todo, aquellas piernas esbeltas y nerviosas, que asomaban su incitante dibujo bajo la breve falda, las que enardecían a los dos provincianos, llenándolos de lujuriosos apetitos y lascivos

pensamientos. Así, atormentados por el deseo y aprovechando hábilmente un momento de intervalo en la charla, el catedrático sacó un papel y un lápiz de su bolsillo, y partiendo el primero en dos pedazos, escribió en cada uno un nombre. Luego, doblándolos cuidadosamente, los introdujo en su sombrero, y pidió a Gaby que extrajera uno de ellos.

Ella, sonriendo, hízolo así. Cuando su nívea y breve mano mostró uno de los plegados trozos de papel, la ansiedad de los provincianos fué enorme. La joven lo desdobló y se lo tendió a ambos. El papel decía: "Reguera".



CAPITULO III



Cuando el bueno del registrador se encontró solo en el coche con aquella linda muñeca, que tan intensamente había sabido excitar su sensualidad y suscitar su asombro, no pudo reprimir un vago sentimiento de inquietud.

Antes, en la alegre baraúnda del *cabaret,* habíala contemplado con exacerbada curiosidad y codiciado con exaltada vehemencia. Pero ahora, en aquella intimidad del coche, teniéndola por completo a su merced y después de escuchar sus singulares creencias y oirla elogiar ardientemente sus exóticos gustos, experimentaba, a pesar suyo, cierta indefinible emoción, mezcla confusa de temor y ansiedad. El no estaba acostumbrado a tratar mujeres así. Y, con una torpeza y una timidez de adolescente que se arriesga a su primera aventura, a poco de entrar en el vehículo el provinciano intentó estrechar entre sus brazos a la fascinante beldad...

Mas apenas osó iniciar sus caricias, ella le rechazó con suavidad, pero con energía:

—No seas impaciente... Deja eso para después.

El pobre registrador, un tanto cohibido y atolondrado por aquella frase inesperada, permaneció inmóvil, sin atreverse a continuar por el camino emprendido y sin saber a punto fijo si enojarse o reír. Era la primera vez que una profesional de la galantería rehusaba sus ardorosos homenajes... En verdad, aquella Gaby era una mujer sorprendente..., muy sorprendente. Y, hundido en el fondo del coche, con el rostro un poco congestionado por el deseo, guardó silencio..., un silencio que se prolongó demasiado. La proximidad de la gentil muchacha, además de enardecer su lascivia, llevaba la obscuridad a su pensamiento. ¡No se le ocurría nada! ¡Absolutamente nada! Por otra parte, ¿qué iba a decir él a aquella chiquilla tan estrambótica, que pudiera interesarla? Y aspirando el aroma sensual de su cuerpo tentador, con las pupilas brillantes como carbunclos, prosiguió mirándola mudamente, en tanto que el coche rodaba sobre el asfalto de la calle del Arenal.

—¿Quieres que antes de acostarnos demos un paseo en coche?—habíale preguntado ella, al salir de Venus Palace—. Veremos amanecer en la Moncloa. ¡Es un espectáculo divino!

Y aunque él, fatigado por la larga velada, hubiera preferido ir desde luego al lecho, parecióle que la galantería obligábale a obedecer.

Cuando llegaron a la Bombilla, ella hizo detenerse el vehículo varias veces, a fin de penetrar un instante en diversos lugares de recreo, donde a la sazón bailaban y cenaban algunas parejas.

—Nada más que echar un vistazo y salirnos—decíale a cada detención.

Pero, ya dentro, la alegría contagiosa del ambiente parecía retenerla:

—Nos quedaremos unos instantes, ¿verdad?

Y como aquí tomaban una copita de Oporto, y allí otra de Agustín Blázquez, y acullá otra de champagne, el burgués no tardó en experimentar los efectos de una creciente embriaguez, que hacíale verlo todo de color de rosa. Hasta la música lejana de los organillos, que sonaba en algunos merenderos dispersos y solitarios, le parecía armoniosa y poética. Y, henchido de júbilo rebosante, contemplando agitarse a las parejas voluptuosamente en las figuras lascivas del tango, no pudo menos de sentir envidia profunda hacia ellas y dijo a su amable amiga de aquella noche:

—¡Qué lástima que yo no sepa bailar!

Luego, ya al regreso, pletórico de alcohol y de optimismo, imprimió unos sonoros besos en los labios de fresa de la joven, que le contemplaba sonriente. El resplandor azulado del amanecer apagaba el brillo de las últimas estrellas. El coche avanzaba entre las dos hileras de frondosos árboles que bordeaban la carretera. Y el registrador, completamente borracho, comenzó a entonar un himno lírico

e incoherente al nacimiento del nuevo día... La joven reía como una loca al oirle.

El, tratando de halagarla, pidióla un cigarrillo.

—Oye... ¿Quieres darme uno de esos pitillos que fumas tú? ¡Son exquisitos!

—¡Ya lo creo! Con mucho gusto. Tómalo.

Y, encendiendo uno, lo fumaron a medias... Reguera, contemplando a la pecadora, pensaba que, indudablemente, era una hembra de mérito. ¡Tenía *cosas!* ¡Y como guapa, era guapa! Una mujer muy apetecible, en suma, a pesar de que sus gustos fuesen un poco excéntricos...

—¿De modo que te agrada la morfina?

—Sí. Y a ti también te agradaría... ¿Quieres probar ahora?

Y mirándole zalamera y maliciosamente, al través de sus párpados entornados, díjole con un acento cadencioso y lleno de promesas:

—¡Ya verás! En cuanto lleguemos a casa, voy a ponerte una inyección. ¡Apuesto cualquier cosa a que repites!



CAPITULO IV



nte la jeringuilla, el provinciano experimentó un vago temor. Se atrevió a protestar tímidamente:

—Mira, la verdad... Casi prefiero que no me la pongas...

Pero Gaby le interrumpió, animosa y risueña:

—Vamos, no seas tonto. ¡Verás cómo te agrada! Además, por una vez...

Reguera cerró los ojos y se abandonó al capricho de su gentil amiga del momento.

Después de ponerle la inyección, Gaby comenzó a desnudarse... Reguera, reclinado sobre una cama turca, la contemplaba, haciendo esfuerzos por mantener los ojos abiertos... ¿Cuánto tiempo tardó la joven en despojarse de su atavío? El registrador no podía precisarlo. Algunas veces sus párpados cerrábanse, y cuando luego los entreabría nuevamente, continuaba viendo a la pecadora, sin más aditamento que las leves y breves prendas interiores...

De pronto, el último velo cayó, dejando que el cuerpo de la hetaira se mostrase en toda su luminosa y radiante belleza. Reguera quedó maravillado ante la estatuaria perfección de aquella desnudez armoniosa. No era una mujer: era la propia Venus helena, que, por amable merced del destino, iba a ofrendar el tesoro de su hermosura al provinciano. ¿Estaba despierto o acaso soñaba? Contempló cómo avanzaba hasta él y la oyó murmurar con acento dulcísimo:

—¿Te gusto?

Y sentándose a su lado en la cama turca y aproximando su divino rostro al del registrador, le ofreció la purpúrea flor de sus labios...

¿Qué mágica virtud poseyó aquel beso? Apenas lo hubo saboreado, Reguera sintió que todo su ser se metamorfoseaba. Ya no era el cuarentón avejentado por la existencia tediosa y uniforme de su provincia; era un joven vigoroso y henchido de energías y de apetito de vivir, que, en compañía de una amante deliciosa, aprestábase a paladear todos los goces eróticos..., todos los divinos éxtasis del amor.

Enlazándola, la hizo caer junto a él en la cama turca. Sus manos ávidas recorrieron febrilmente el cuerpo tentador, que parecía creado para servir de altar en el que consumar sacrificios a Afrodita: sus senos, menudos y erectos; sus muslos, torneados y blanquísimos; sus caderas, de curva armoniosa... Después, uniendo vorazmente su boca a la de Gaby y sintiendo el fragante contacto de su lengua

—una lengua digna de ser cantada por Salomón en su *Cantar de los cantares,* por su sabrosa miel—, dispúsose a emprender el dulce combate... Al primer asalto, bravo y violento, el buen provinciano se sintió dueño de una virilidad de que no había gozado jamás. ¿Qué poder afrodisíaco tenía Gaby para acrecentar de tal modo sus fuerzas genésicas? Incansable como un fauno, la poseyó muchas veces de diversas maneras y por distintas rutas, encontrando siempre un nuevo e intenso placer. Hasta que, al fin, y por no fatigar en demasía a su amable compañera, consideró razonable hacer un alto...

Pero ella no estaba cansada.

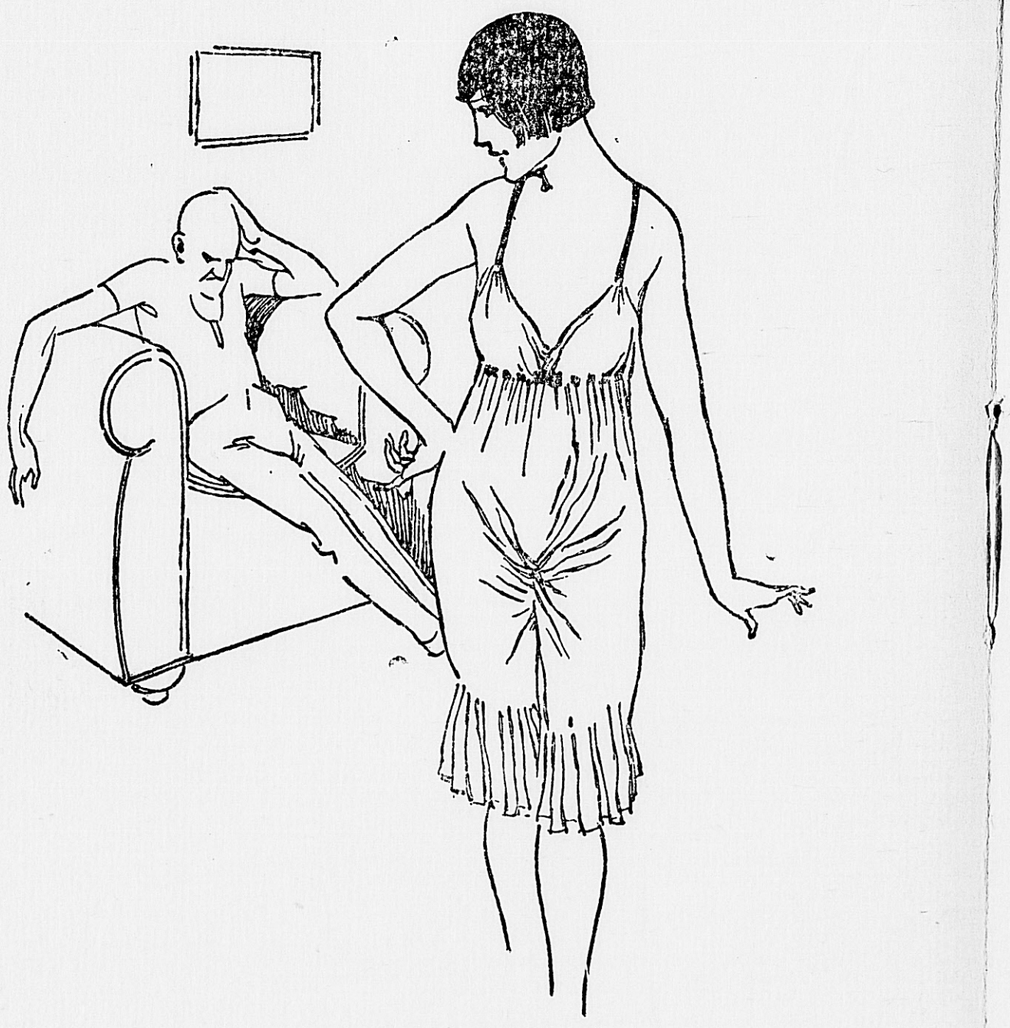
—¿Te has hartado ya de mí?—susurró.

¿Hartarse? Sí, sí... En este momento, Reguera no se hubiera hartado ni del más numeroso de los harenes. Por un extraño fenómeno, sus ánimos, en vez de decaer, se levantaban... Y, por toda respuesta, disponíase ya al nuevo ataque, cuando ella le detuvo.

—Espera—murmuró—. Tengo un capricho. ¿No te parece un poco monótono hacer siempre lo mismo? Vamos a introducir variaciones...

El la miró un tanto asombrado. ¿Qué querría? Pero no tardó en comprenderlo... En menos de un instante, Gaby había cambiado de posición en el diván. Ahora, sus muslos hallábanse junto a la cara del registrador, y su adorable cabeza reposaba junto al vientre de él... Reguera adivinó la mutua y exquisita caricia que ella apetecía... Y, hundiendo su

rostro entre las dos columnas de tibia nieve que había junto a él, dió principio al voluptuoso juego, a la vez que un delicioso escalofrío le hacía comprender



Veía como en sueños a la pecadora.

que su galantería era correspondida... Y poco a poco, se sintió naufragar en un mar de dulzura, en un abismo de placer, cayendo, al fin, en un hondo sopor y perdiendo la razón y la conciencia...

Cuando salió de su éxtasis, al cabo de muchísimo tiempo, abrió los ojos y se encontró solo en el gabinete de la pecadora, tendido sobre el diván. Al través de los visillos del balcón filtrábase un rayo de sol.

—¿Dónde está Gaby?—se preguntó.

Y maquinalmente oprimió un timbre que tenía al alcance de la mano...



CAPITULO V



untualmente acudió la bella hetaira a la tarde siguiente al Palacio de Hielo, sitio que habían elegido la noche anterior Escosura y ella para reunirse. El catedrático la esperaba ya. Y al verla llegar, tan linda y tan gentil, con su aire gracioso y su rostro de niña, la grata impresión de la víspera confirmóse y acrecentóse. La esperanza de una buena noche, aromada por el amor pasajero, hizo que Escosura se sintiera súbitamente alegre.

Con exagerada galantería púsose a las órdenes de la muchacha. Ella debía trazar el plan de la velada. Con tal de encontrarse a su lado, él en todas partes se hallaría como en el paraíso.

Gaby le dirigió una amable sonrisa.

—¡Oh, qué galante!

Y acto continuo púsose a pensar aquel plan a que se refería el otro, en tanto que sorbía lentamente un *cock-tail*. Comunicóselo al cabo.

—Pues mira: creo que lo mejor es que vayamos a cenar a Rosales. Después daremos un paseíto en auto, y luego tendré el gusto de hacerte los honores de mi casa...

La prometedora sonrisa y la maliciosa mirada con que acompañó estas últimas palabras inflamaron al provinciano. La idea de que no tardaría en poseer a aquella hechicera mujercita, tan llena de encantos y seducciones, halagó intensamente su vanidad de varón y al mismo tiempo hízole esperanzar deleites inefables. ¡Indudablemente, iba a gozar la noche más agradable de su existencia! Y, encantado y risueño, sonrió a la plácida visión de su próxima ventura...

De conformidad con el programa trazado por la hermosa hetaira, cenaron en el alegre restorán, que estaba concurridísimo a la sazón. La influencia irresistible del ambiente, con sus luces, sus músicas y sus muñecas frívolas y elegantes, enardeció al provinciano, que experimentó como nunca el contento de vivir. Y contemplando a las lujosas criaturas que desfilaban ante sus pupilas curiosas, díjose en su fuero interno que ninguna valía tanto como la adorable beldad que tenía a su lado. La hermosa Gaby salía triunfante de todas las comparaciones. Escosura no vislumbró a ninguna otra que poseyese su belleza abrileña y fragante, sus mejillas sonrosadas y maravillosamente frescas, sus claros ojos de luminoso abismo. Y el orgullo de una tal conquista y el influjo, asimismo, de las frecuentísimas libaciones

que hizo durante la comida (Gaby llenábale constantemente la copa), animaron de un modo extraordinario al catedrático, en cuyas venas hirvió la sangre con el fuego de la primera mocedad.

A los postres pidió una botella de Champagne, y el áureo vino acabó de trastornarle.

Ella, entonces, púsose en pie.

—Vamos ahora a dar un paseo. Te sentará muy bien. Estás un poquito mareado.

Escosura no recordaba haber pasado nunca unos instantes tan deliciosos como los que gozó en el automóvil, al lado de la preciosa muchacha. El vehículo avanzaba a poca marcha por la carretera de El Pardo, cruzándose continuamente con otros, de muchos de los cuales partían gritos y risas. Iban ocupados por gente alegre y noctámbula, que rendía culto al vino y al amor, lo mismo que ellos.

El provinciano sentía cada vez más el tibio contacto del cuerpo de Gaby, que embriagábale de voluptuosidad; y osó rodear con un brazo su talle flexible.

—¡Cómo me gustas, chiquilla!—murmuró a su oído, con acento un poco tembloroso.

En la azulada penumbra vió el rostro aniñado de la joven, que le sonreía. Y ávidamente saboreó una y muchas veces la golosina purpúrea de sus labios.

Cuando regresaron comenzaba a amanecer. La luz indecisa del alba se esparcía sobre las frondas, de las que venía un hálito de frescura. Lo mismo que la noche anterior, Gaby había hecho que su

amigo la dejase asomarse a algunos restoranes nocturnos, y una vez en ellos, forzóle a beber copiosa y repetidamente, igual que a Reguera.

Al llegar a casa de la horizontal, el bueno del catedrático se hallaba en un estado de embriaguez bastante avanzada. Como todo cuanto veía desde hacía unas horas, aquel elegante nido del pecado causóle una impresión gratísima. Miró con curiosidad los *bibelots,* los amuletos, las chucherías costosas que llenaban el gabinete de la cortesana. Luego, fatigado y soñoliento, dejóse caer sobre el gran diván a la otomana que corría a lo largo de una de las paredes.

Con una sonrisa ambigua, Gaby despojóse del sombrero y fué a sentarse a su lado.

—¿Te agrada mi casa?—le preguntó.

Escosura contestó con un gruñido de asentimiento, en tanto que sus manos, audaces y lascivas, acariciaban las delicadas y mórbidas formas de la muchacha.

Ella dejábale hacer, sin oponerse lo más mínimo; las manos que recorrían su cuerpo eran unas manos torpes e inseguras de ebrio... Después, para apresurar el desenlace, besóle apasionadamente a su vez y murmuró con acento insinuante:

—Oye. ¿Quieres que fumemos juntos una pipa? Voy a enseñarte mi *narghile*... Es legítima. Me la han traído de la propia Constantinopla... Un regalo de un chico de la Embajada, amigo mío.

Las pupilas del catedrático tornáronse inexpresivas. ¿Qué pipa era aquella? Y luego, cuando su bella amiga mostróle la famosa pipa turca, ante su exótico aspecto, no se atrevió a acercar sus labios a la boquilla. Fué preciso que ella chupase varias veces para que el catedrático se decidiese a imitarla. Después, con la inconsciencia de la embriaguez, continuó fumando maquinalmente.

—Es opio, ¿sabes?—díjole ella.

Y viéndole con los párpados entornados, comenzó a desnudarse presurosamente, exhalando un gran suspiro de satisfacción.



CAPITULO VI



scosura no podía precisar cuántas pipas fumó; pero, indudablemente, fueron muchas. Ahora hallábase envuelto por una densa niebla azulada, por una bruma espesa y olorosa, al través de la cual lo único que distinguía claramente eran los ojos luminosos y la boca fresca de Gaby... Cuando al fin cesó de fumar, vió acercarse lentamente a la joven, que, aplicándole los labios al oído, le dijo en voz leve, cual un susurro:

—Mira, voy a hacerte una confesión... Yo no soy lo que parezco. Tú, al verme, has creído, como todos, que era una pecadora vulgar, una muñeca elegante, que vendía por algunas monedas sus sonrisas y sus caricias... Has creído que iba a ser en tus brazos una de tantas amantes de una noche, que pasan al lado de los hombres sin dejar huella en sus sentidos ni en su memoria... Y te has engañado. Puedo asegurarte que cuando te separes de mí no

me olvidarás fácilmente. Ni encontrarás ya nunca una mujer que se me asemeje siquiera. Y es que yo no soy *una* cortesana: soy *la cortesana*... ¿Comprendes la diferencia? Al través de los tiempos, yo soy quien lleva encendido un hachón inmortal en la saturnal del placer. Ante mí, se abren de par en par las puertas de todos los paraísos, y no hay deleite que yo no pueda brindar a mis amantes... A cambio de la felicidad que les doy, sólo les pido a veces la vida... ¿Te asusta? ¿Acaso no prefieres morir amando a vivir sin amor?

Escosura quedaba un instante perplejo ante esta suprema elección. Pero el recuerdo de su gris existencia pasada le decidía a abandonarse por entero a merced de aquella divina criatura, cuya fragancia le embriagaba. ¡Sí, sí! ¡Mil veces preferible morir amando!...

—Pues bien; ya que te entregas a mí, voy a darte a conocer todos los placeres de la tierra..., todos los goces que tu imaginación pueda concebir. Vas a pasar por diferentes estados; vas a vivir en diversas épocas... Yo también me transformaré... Encarnarán en mí mil amantes, ansiosas de pertenecerte... Y al final me dirás qué voluptuosidad prefieres..., qué amor anhelas, entre todos los amores del mundo..., y podrás saciarte de ventura.

La niebla azul que envolvía a Escosura y a su extraordinaria amiga se disipó, y halláronse los dos entre las frondas de un jardín encantado, que era, sin duda, uno de los mágicos edenes mitológicos que

abundaban cuando la tierra era niña... Ninfas y silvanos dedicábanse a amorosos juegos. Escosura sintióse convertido en un sátiro joven, alegre y fornicador, que hacía de cada pradera un tálamo. A su lado constantemente, una ninfa, con el rostro de Gaby, ofrecíale su apetitosa desnudez, de la que él usaba sin tasa...

Cuando se sintió cansado de amar en la libertad plena de aquel bosque pánico, su cuerpo fué transmutado en el de un joven marinero, que, en la sombra sensual del puerto de Alejandría, era poseído por el demonio de la lujuria, en la amable compañía de una adolescente, una *loba,* cuya experiencia carnal resultaba prodigiosa en una criatura de quince primaveras. La tal *loba* se parecía a Gaby como una gota de agua a otra.

Después hubo una nueva metamorfosis, y Escosura hallóse trocado en un patricio romano, durante una bacanal. A su lado, dos esclavas (que semejaban ser hermanas gemelas de Gaby) se repartían sus caricias. A veces, los tres formaban grupos encantadores, apurando cuantas actitudes amorosas pueden conseguirse con tres ejemplares humanos de los dos sexos.

Otras transformaciones sucedieron a esta... Escosura estaba maravillado de la sorprendente rapidez con que cambiaba de personalidad. Tan pronto era un caballero italiano viviendo entre las amables damas del *Decamerón,* como un sultán miliunanochesco, que, en el misterio sagrado del harén, se dedicaba

a consumar cada noche el sacrificio de una nueva virginidad. Ante sus pupilas, abrasadas siempre por el deseo, desfilaba una serie interminable de cuerpos femeniles—rosadas redondeces, satinadas blancuras, senos y vientres palpitantes, como en la espera de viriles ofrendas... Su sexo, pujante como un ariete, no se saciaba de horadar en carne viva nuevos caminos para el amor... No bastándole los cauces normales, buscaba extraviados senderos para llegar a las cimas del placer: se perdía en misteriosos rincones, hollaba recintos no profanados aún por ningún intruso, aposentábase en tibios valles, entre nevadas colinas... Una inacabable teoría de imágenes lascivas pasaba ante él, incitándole a nuevas y locas cópulas... Y llegaba un instante en que, ahito, al fin, de los eternos gestos del amor, que apenas era posible variar, pedía a su constante compañera Gaby la merced de un goce inédito, de un no sentido escalofrío. A pesar de haber experimentado tantos divinos espasmos, adivinaba que debía existir un más allá del placer... una suprema sensación que hiciera olvidar todas las otras.

La voz de Gaby susurraba tristemente a su lado:

—No... No hay más... Yo no conozco nada más. Has gozado cuanto el amor de la mujer puede ofrecerte. Has tenido en tus brazos a criaturas impúberes, a matronas sabias... ¿Qué voluptuosidad echas de menos? ¿Qué región inexplorada puede haber para ti en el cuerpo de una hembra? ¿Qué insondable abismo de lujuria guardas en tus entrañas,

para no contentarte con lo que colmaría la felicidad de todos los hombres? ¡Sé prudente y no ofendas a Venus, que podría enojarse contigo y tomar una venganza cruel!

Pero el catedrático no escuchaba a su amiga. Una sed inextinguible le abrasaba. Toda su carne parecía contener cual una lava ardiente, deseosa de fundirse en un paroxísmico enlace... ¡Oh, tormento del deseo insaciado, pronto a desbordarse como una catarata!

—¡Un nuevo goce... y después la muerte!—suplicaba, poseído de furor sensual.

—¡Ninguno más puedo brindarte! — replicaba la joven, con las pupilas brillantes de despecho.

Y como él insistiera desatinadamente, Gaby acabó por ceder.

—Sea. Vas a sentir un nuevo deleite...; pero a costa de todos los demás. Tu insensata ambición será satisfecha; mas tu condición varonil, de la que te has cansado, quedará destruída para siempre.

Apenas ella pronunció estas palabras, Escosura vió aparecer una muchedumbre de gladiadores, jóvenes y robustos; todos iban desnudos y lucían falos gigantescos, semejantes a troncos de árboles. Escosura recordó haber visto reproducciones de las estatuas del Museo secreto de Nápoles, entre ellas atletas clásicos, que distaban mucho de hallarse tan bien dotados como estos buenos mozos surgidos de súbito. Quiso pedir una explicación a su amiga; pero sin darle tiempo a decir nada, los recién llegados

abalanzáronse a él y, derribándole, pusiéronse a gozarle por turno. Ahogado de indignación y de vergüenza, el catedrático intentó protestar y defenderse de aquella terrible humillación; pero los gladiadores sujetáronle con músculos de hierro, impidiéndole hacer ningún movimiento que no fuera favorable a sus viles propósitos.

Escosura se sintió morir. Sus carnes crujían bajo los impetuosos asaltos de aquellos hércules, que parecían hundir en ellas férreas mazas... ¡Horrible y desproporcionado castigo! Para mayor ludibrio, vió a Gaby entregarse uno tras otro a aquellos bigardos, que, indudablemente, eran lo peor de la Roma decadente.

—¡Basta, por piedad!—gemía el desdichado.

Habían desfilado ya sobre él docenas y docenas de tagarotes, y aquello no parecía tener fin. Ante la magnitud de sus sufrimientos, Escosura, desde el fondo de su ser, experimentaba profunda compasión hacia las pupilas de ciertas casas *non sanctas,* que, sin duda, en algunos días festivos, habrían de tolerar desfiles semejantes de rijosos clientes.

Sin embargo, y, sin duda porque el hombre es un animal de costumbre, fué encontrando poco a poco menos doloroso el ejercicio. Hubo un momento en que se ruborizó pensando si acabaría por hallar en aquello, efectivamente, el deleite que le había prometido la traidora Gaby. Y, cesando de pedir clemencia a sus violadores, disponíase a analizar las diversas sensaciones de aquel ignorado deporte,

cuando de improviso, una voz dulce vibró junto a él:

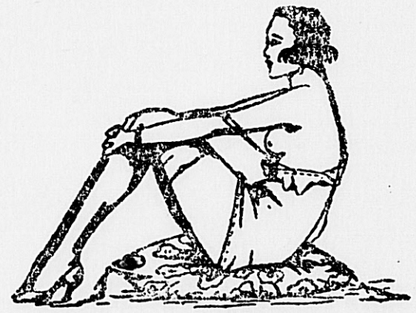
—¿Ha llamado el señorito?

Abrió los ojos. Una graciosa doncellita se encontraba a su lado, sonriéndole servicialmente. Escosura creyó soñar.

—Me pareció que el señorito gritaba hace un instante, y creí... Dispense si le he molestado.

Escosura comprendió entonces. Exhaló un suspiro de alivio, ante la consoladora realidad. Se encontraba en el gabinete de Gaby, y a sus pies yacía el *narghile*...

Afortunadamente, todo había sido un sueño de opio.



CAPITULO VII



os noches después, los tres amigos reuniéronse de nuevo en Venus Palace. Robledo se apresuró a interrogar a los dos provincianos:

—¿Qué, os ha gustado Gaby?

Reguera y Escosura no supieron al principio qué contestar. El registrador exclamó al cabo de un rato:

—Yo..., la verdad, amigo mío... Por inverosímil que parezca, debo declarar que nada pasó entre esa señorita y yo... Mentiría si afirmase haber saboreado sus caricias... Por lo menos, en la realidad...

Robledo le miró estupefacto.

—¡Cómo! ¿Qué dices?

—Lo que estás oyendo. Al salir de aquí, dimos un paseo en coche; se empeñó en ver amanecer en la Moncloa... Durante el camino, bebimos abundantemente. Luego consintió en llevarme a su casa. Yo, la verdad, estaba muerto de sueño... Y, además, el alcohol ingerido... Por el trayecto me fué hablando

de los hechizos de la morfina... Y ya en su gabinete, cuando yo contemplaba el lecho con ansiedad, quieras que no, agarró la jeringuilla y me propinó una inyección... Después, empezó a desnudarse lentamente... ¡Chico, yo no sé si fué el cansancio, el vino o el efecto de la droga! Lo cierto es que me quedé dormido profundamente sobre la cama turca en que me había sentado... Ahora bien; como mis nervios se hallaban excitadísimos, tuve unos sueños tan refinadamente lujuriosos, que casi me avergüenza recordarlos... En ellos gocé a Gaby en mil formas diversas... ¡Ay! A la mañana siguiente, cuando desperté, me encontré solo, toqué el timbre y acudió una doncella. "La señorita está en el baño". Me levanté. ¡Chico, con franqueza! Cuando, con la imaginación despejada, me contemplé en el espejo, feo, viejo, barrigudo, con la cara alterada por la mala noche, me sonrojé de andar en tales trotes... ¡Resultaba ridículo en mí hacer el don Juan! Me acordé de mis chicos y de mi mujer... ¡Si me hubieran podido ver! Y cuando apareció Gaby, fresca, perfumada y gentil, confieso que no produjo en mí la emoción de la víspera... ¡Indudablemente, el amor tiene sus horas! Así, pues, me apresuré a despedirme, después de dejarla un obsequio. Y eso es todo.

Robledo sonrió con cierta leve ironía; y luego, volviéndose hacia Escosura, le interrogó:

—Y tú, ¿has quedado más satisfecho?

Escosura vaciló un instante. Después, decidiéndose de súbito, exclamó:



Gaby, la de los hechizos de la morfina.

—¡Qué he de quedar, hombre, qué he de quedar!
Esta vez Robledo se asombró realmente.
—¡Ah! Pero ¿tú tampoco?
—Tampoco, chico, tampoco.
—A ver, a ver. Cuéntanoslo.

Escosura relató a su vez su aventura galante. Había cenado con Gaby en Rosales. Luego hicieron una excursión en auto. Y cuando ya clareaba, después de beber pródigamente en diversos sitios, llenos de noctámbulos y pecadoras, acompañó a su casa a la vendedora de amor. Allí habíale obligado a fumar en su pipa turca... Y, lo mismo que Reguera, habíase dormido, no sabía si por efecto del alcohol o del opio del *narghile,* y sin gozar de las caricias de la pecadora. También su sueño — ¡oh, extraña coincidencia!—había sido turbado por visiones obscenas. Luego, su despertar fué, sobre poco más o menos, análogo al de su amigo.

Robledo hizo un comentario sarcástico:

—¡Verdaderamente, no se puede negar que Gaby sabe administrarse!

De improviso quedó inmóvil y silencioso, contemplando la puerta que daba acceso al salón.

—¡Ahí la tenéis!

Entre el bullicioso y frívolo concurso, los dos provincianos vieron, en efecto, aparecer la esbelta figura de Gaby, con su rosado semblante, sus pupilas luminosas y su aspecto de colegiala.

—¿Queréis que la llame?
—¡No!

La exclamación fué unánime. Robledo, irónicamente, agregó:

—Si sigue con todos igual procedimiento, comprendo esa frescura casi infantil de su rostro... ¡Ese régimen de castidad e hidroterapia debe ser de efectos beneficiosos para la salud!

Los dos burgueses tuvieron un gesto melancólico ante la ironía. Al cabo, el registrador murmuró:

—Mira, chico, yo no estoy por estas muchachas tan adelantadas... Prefiero una de aquellas buenas mozas de casa de la Antequerana. ¡Esas sí que eran mujeres! Lolita, por ejemplo... ¿Os acordáis de Lolita? Y Amparo... ¿Dónde me dejáis a Amparo? ¡Aquellas eran hembras cañís! No fumaban opio, ni se ponían inyecciones de morfina, ni hablaban de espiritismo, como estas niñas modernistas; pero ¡había que verlas en el terreno de la verdad!

Robledo se echó a reír. Escosura protestó entonces, con los ojos brillantes por los buenos recuerdos que evocaba su amigo:

—¡No te rías, tú! Este tiene mucha razón. ¡Aquellas sí que eran mujeres!

FIN